

Cuento de Agustina Fresco Martín

Arias, 13 de agosto de 2013



Manuel Román vivía frente al mar, todas las tardes se daba cuenta que los barcos tenían que parar antes de la noche, la razón era que en esa playa no había un faro.

A él le encantaba observarlos y le daba pena no poder verlos por la noche.

Un día, cuando su mamá le dio una linterna vieja y sin pilas, se puso muy contento, ya que podría jugar con ella.

Lo primero que debía hacer era ponerle pilas, así que agarró sus míseros ahorros y fue al kiosco de la esquina. Volvió muy emocionado, se las colocó y al apretar el botoncito rojo vio reflejada en la pared una tenue luz amarillenta.

Muy entusiasmado, llevando tres palos de escoba amarrados con una soga, fue subiendo por las rocas hasta superar la altura del mar. Al llegar a la cima, Manolito buscó tierra y clavó su “invento”. Ya clavado, puso en la parte superior su linterna y la aseguró con mucha cinta.

Todos los días notaba una diferencia en su invento: crecía y la luz se tornaba cada vez más brillante y poderosa.

Un día Manolito amaneció con fiebre. Su doctor personal lo revisó para ver si tenía algo más grave de lo que parecía. Se trataba de angina, por lo tanto, durante varios días no debía andar afuera. Por esa razón no podía ir a ver cómo avanzaba el invento. Lo miraba desde su ventana pero no estaba seguro si ese edificio que crecía y crecía, era “su faro”. Pero lo que sí notaba era que su luz se hacía más débil. La gente no entendía porque siendo tan brillante esa luz se desvanecía. Parecía que estuviese “enferma” pero eso era imposible.

Después de un mes, completamente curado, decidió ir a observarlo de cerca. Entró corriendo, subió las escaleras y en la cima vio que esa poderosa luz salía de su linterna. Emocionado, perdió la noción del tiempo y se hizo de noche. Desde el balcón vio que los barcos iban y venían como a él tanto le gustaba.

Una noche, al ver el tamaño gigante de la luna, quiso alcanzarla para meter esa luminosidad en “su faro”, al intentarlo tropezó y cayó.

En el momento en que Manolito terminó de caer, la luz del faro se apagó, y yo vi que en un instante, se convirtió en unos simples palos clavados en la tierra con una vieja linterna apagada.

Agustina Fresco Martín (13 años)

2° Año - Tercera- I.E.C.A

(Arias, Córdoba, Argentina)